

La comunidad hispánica es una y variás. Variedad en la que hay que insistir no para restar sino para subrayar su riqueza. Debe tenderse hacia un fortalecimiento del mundo hispánico que puede lograrse mediante un estrechamiento de los lazos espirituales y un mayor conocimiento mutuo dentro de la comunidad cultural hispana.

Francisco Morales Padrón
“El mundo hispánico y su diversidad”

El conferenciante comenzó su exposición confesando que abordaría el tema del mundo hispánico con bastante temor. En un principio, opuso cierta resistencia a tratar este tema que, según dijo, se presta a discursos de reuniones huecas y a ditirámicas. La primera pregunta que, a su modo de ver, deberíamos hacernos es "¿Existe América Latina?" En realidad, éste fue el título de un libro publicado hace algunos años en la América Hispana, en una época en que se forjaron las polémicas en torno al ser ontológico de América.

El interés por la identidad hispanoamericana ha merecido diversas teorías y estudios. En muchos de ellos se viene defendiendo la tesis de que la originalidad de América no se opone a la de la cultura europea. De este modo, se han sostenido las siguientes tesis: que la originalidad americana y la fidelidad a Europa se complementan; que la cultura americana ha sido creada a través del Barroco; la notable presencia de un continente mestizo y de una cultura también mestiza; la posibilidad de que los pueblos iberoamericanos actúen como una comunidad para respetar y defender sus propios

intereses; etc. Pero en lo que todos coinciden es en que se ha trazado una América original, fiel al ingrediente cultural europeo que le llega sobre todo por la vía del Barroco. Un Barroco que se injerta biológica y culturalmente en un nuevo ser para dar vida a un nuevo ente: América, que unida a España formará la comunidad hispánica.

A esta comunidad se refirió el conferenciante insistiendo en este interrogante ¿Existe? A su modo de ver, existe una y varias. La realidad del mundo hispánico viene dada por la raíz común, el pasado compartido, la cultura dotada de unidad lingüística, la

autoconciencia de sí misma, la creencia compartida de un destino común y hasta por la idéntica actitud de constante revisión de la propia historia.

¿Cómo se ha llegado a la formación de la comunidad hispánica? El vocablo España es uno de los más viejos topónimos. "Hispanicus" sirve para denominar a los habitantes de la península en documentos extranjeros del s. XIII. "Españoles", palabra provenzal, fueron denominados los habitantes de esta tierra desde el s. XIII. El concepto implicaba una manera de existir, una manera de enfrentarse a la naturaleza y con los hombres, una manera de ser.

Con los reyes católicos quedó integrada ya la realidad política e histórica que llamamos España. Sin embargo, los monarcas castellanos nunca se llamaron reyes de España. Quizás para evitar herir a Portugal. Con ellos comenzó la expansión ultramarina. Una expansión que serviría para poner las bases de la gran comunidad hispánica. Su formación no fue obra de la dilatación de un núcleo inicial.

Roma, como señala Ortega, es un ejemplo de ello. La Roma total no es el resultado de una expansión de la Roma palatina sino una articulación de colectividades. Como afirma Ortega, la incorporación histórica no ha consistido en la dilatación de núcleo inicial sino más bien en la organización de

muchas unidades sociales preexistentes en una nueva estructura superior. Pues el núcleo primigenio no se traga a los grupos que va sometiendo ni anula el carácter de unidades vitales que antes tenía.

Castilla, como en el caso de Roma, ha sido también el agente de totalización. Los pueblos incorporados por Castilla no han perdido su identidad. Las personalidades

castellanas, aragonesas, catalanas... persisten. El grupo no muere, no ha perdido su identidad. Desde las personalidades castellanas a las americanas, pasando por las canarias, se mantienen. Surge entre las diferentes colectividades una relación traducida en injerto que va a dar vida a diversa personalidad, diversa identidad, cobijada con las demás en un amplio todo. El resultante de esa unidad superior no se basa en la igualdad de sangre, ni siquiera en compartir una historia común. Las incorporaciones de Granda, Canarias y América son palpables y patentes ejemplos de lo dicho. En algunos casos además se dio una diferencia racial que, lejos de excluir la incorporación, subraya lo que hay de específico en la génesis de cualquier gran Estado.

Los distintos reinos que Castilla incorpora se asociaron a título personal o principal, es decir, en cuanto que obedecían a una misma persona o príncipe, pero continuaban preservando su propia constitución política, jurídica y aun social. Se mantuvieron incluso las fronteras con sus aduanas. América, como lo sería Canarias, fue incorporada a la corona castellana, no España, en 1519, con el veto de enajenarlas por siempre jamás. Los reyes católicos no constituyeron una única España por así decirlo al mantener o respetar las peculiaridades de cada región.

Los españoles del imperio constituido ya en el x. XVI se

mantuvieron unidos políticamente por el hecho de hablar una misma lengua, coincidir en una misma creencia y también por la agresión casi religiosa a sus majestades católicas. Gracias a ello persistió la cohesión de la monarquía hasta 1810, fecha en la cual las Españas se quedaron sin rey.

Frente al trasplante cultural anglosajón, la colonización hispana fue obra de un injerto. Los españoles renacentistas con resabios medievales aportaron a las tierras que incorporaron desde el s. XV una lengua, una religión, una cultura, una organización política y social, que se adaptaron al nuevo medio físico y humano, asumiendo muchas veces presupuestos culturales del incorporado, como sucede en América. El resultado fue un mundo hispánico al cual se incorporó Portugal en determinados momentos. Todo el conjunto integrado por la Península Ibérica, islas, tierras europeas, nuevo mundo, Filipinas y núcleos africanos formaban la monarquía católica; las Españas extendidas por dos hemisferios y organizadas en reinos, virreinos, capitanías, gobernaciones, al frente de las cuales estaba un *alter ego del rey*. Nos encontramos pues con una realidad distinta, base del mundo hispánico que acogerá en un futuro a españoles peninsulares e insulares, a españoles de América y Filipinas, judíos sefarditas, habitantes de Guinea Ecuatorial, mejicanos, puertorriqueños,

dominicanos, cubanos, de los EE.UU., etc.

El conferenciante insistiría en la existencia de una comunidad hispánica con raíces en un remoto ayer y en la cual entran todas las naciones, grupos y minorías étnicas que hablan español. La comunidad hispánica es un ente cultural no racial, ni político, ni económico, en el cual lo hispano es el rasgo más sobresaliente. Morales Padrón precisó: "Una omunidad

cultural puede ser una comunidad idiomática. Una lengua no es sólo un medio de comunicación sino que es también una mentalidad, una concepción del mundo. Lo que más nos une a todos los integrantes de la comunidad hispánica no es el pasado compartido sino el hablar el mismo idioma y el gozar de la misma literatura. Eso es lo que más nos une y lo que más nos puede desunir, según lo estamos viviendo en nuestros días".

La unidad y variedad de la comunidad hispánica no es sólo nota de ella sino también de las distintas naciones y regiones que la forman; unidad que no es uniformidad, variedad que no es dispersión, pues ello equivaldría a negación de la comunidad. Unidad y variedad armoniosamente conjugada. Con *razón*, observó, puede hablarse de "las Españas" donde entran la España europea, el grupo de las naciones americanas de origen hispano y las Españas que quedaron truncadas por el azar de la historia.

La variedad de España y la variedad de América, variedad en todos los aspectos, es algo que llama la atención de inmediato al visitante. Foster en su libro *Cultura de conquista* apunta casi en las primeras páginas como nota de nuestra cultura su variedad. ¿Cuáles son los factores de esta variedad y diversidad?: Laín Entralgo

enumera diversos factores: las distintas geografías, la disparidad temperamental de los múltiples grupos étnicos, las diferentes experiencias históricas vividas por cada región, la presencia de poblaciones bilingües y la pervivencia de formas culturales antiguas, a veces prehistóricas, al lado de formas o patrones culturales propios del s. XXI

Esto que sucede aquí en nuestra patria sucede también en América. Si todas las diferencias que se dan en España han ofrecido su concurso al desarrollo de subculturas regionales, en la América española acontece lo mismo. En el Viejo-Nuevo Mundo es posible distinguir varias Américas: una América del Atlántico, una América del Caribe, una América del Pacífico, una América de las tierras altas, de las bajas, de las tierras tropicales, una América blanca, india, mestiza, negroide, mulata, una América minera, una América habanera, una América cafetera, una América petrolera, incluso hay quien habla de una América de los Borbones y una América de los Austrias. Esta diversidad americana se da incluso en determinados países de América. Piénsese en el Brasil o en el caso de Argentina. Aquella estructura se rompió políticamente a principios del s. XX. Las Españas se quedaron sin rey, las Indias occidentales se fraccionaron en una docena más o menos de repúblicas, el prestigio de la monarquía se puso en entredicho. A medida

que crecía el desprestigio se observó que algunas regiones acentuaron su voluntad de desligarse lo más

posible del poder central. El vínculo político se rompería en efecto, pero no la comunidad con base en distintos y persistentes factores.

La historia de España en América a raíz de la independencia política de Hispanoamérica cambia de rumbo, independencia lograda tras una auténtica guerra civil. Pronto

con el Congreso de Panamá convocado por Bolívar en 1826 surgieron los intentos por restablecer la gran unidad política en el ámbito americano. Fracasó el proyecto como fracasaron todos los intentos de unión política celebrados en distintos congresos, por ejemplo, el de Lima o el de Santiago de Chile en el s. XIX. Fue el momento, ya en la segunda mitad, en que se dieron una serie de movimientos supranacionales en Europa, tendientes a englobar pueblos con similares rasgos raciales, lingüísticos y culturales. Fue el momento del paneslavismo, del panbritanismo, del pangermanismo, del panlatinismo, en América se hablará de panamericanismo.

Los sucesos en Cuba a fines del siglo pasado, los intereses de los EE.UU. en el Caribe, el creciente desarrollo económico de este país que reclama nuevo mercado y el interés por un canal en Centroamérica además de estos ejemplos europeos explican el interés de Washington por convocar una reunión encaminada a unificar la opinión continental. La reunión tuvo lugar en Washington en 1898 y en ella se expuso y se estudió por vez primera la idea de América y se programó la creación de la Unión Panamericana, origen de la actual OEA. El vocablo "panamericanismo" lo puso de moda y lo difundió un periódico, el *New York Box*. Al igual que los congresos organizados por los países

iberoamericanos, las sucesivas reuniones panamericanas fueron un fracaso; puesto que siempre los vecinos del sur se empeñaron en esas reuniones que Washington aprobase el principio de no intervención y Washington se negó.

Hay que esperar a la crisis del 29 y *ala* doctrina de buena vecindad enunciada por el segundo Roosevelt para ver cambios en las relaciones de las dos Américas y para ver el nacimiento de un nuevo concepto: el "interamericanismo", concepto inventado también por los norteamericanos para orientar los recelos de los vecinos del sur. Pero la unidad política continuó siendo un fantástico sueño; incluso en unidades políticas regionales como fue el caso de América Central, y como antes en el s. XIX lo había sido la Gran Colombia. Hoy ya no se habla de unidad política sino de integración económica.

Según Morales Padrón, no se comparte la historia en su totalidad pero los avatares históricos son muchas veces coincidentes y las interinfluencias culturales, debilitadas al principio, continuaron. Se da una historia confluyente, como escribe Muñoz Pérez, una historia en la que entran fenómenos similares, dados en una y otra parte del Atlántico, como es el caudillismo, el golpismo, la religiosidad, etc. No se puede olvidar tampoco la influencia

francesa e italiana en lo cultural y la anglosajona en lo económico.

Pero, el conferenciante insistió, lo hispánico es el ingrediente básico. Los hechos en ambas orillas acusan una clara relación a lo largo del s. XIX y s. XX incluso. Basta con repasar el acontecer de esas centurias para comprenderlo. El fenómeno ha merecido, como observa Julián Marías, que valiera la pena emprender un estudio del influjo involuntario e indeliberado de España en la historia reciente de la América española. Los lazos naturalmente se enfrían tras la emancipación.

Hemos de aguardar a la muerte de Fernando VII y a la subida de Isabel II para encontrar la ley de 1836 estableciendo las bases para que España restablezca sus relaciones con los países recientemente constituidos en naciones independientes en América. El primer país en firmar el acuerdo es Méjico. Hasta 1853 los españoles únicamente pueden viajar a las Antillas. Pero a partir de esta fecha se les autoriza para viajar y emigrar al continente. Un año después tiene lugar "la vicalvarada", golpe que capitanea O'Donnell que coincide con la mejicana revolución de Ayutla y el lanzamiento de Domingo Elías contra el presidente peruano. América acusa el impacto de la revolución española del 68. En la novela y la poesía son notables las mutuas influencias estudiadas por Enrique Sureña en *El Retorno de los galeones*, un estudio sobre el intercambio de la influencia literaria entre España y América durante los últimos cincuenta años, monografía publicada en 1920.

La irrupción del Romanticismo tiene lugar a través de la vía española en un primer momento. Luego ya directamente del francés y del británico. El proceso de europeización de España a partir de la revolución de 1868 y de la Restauración de

1874 con el Krausismo y la Institución Libre se reflejan también en América. El cambio político que significa la Restauración en España coincide con la evolución del Romanticismo al realismo. Del lado español hacen sentir su influencia Valera, Pereda y Galdós. Algo similar, pero a la inversa, ocurre en la lírica donde los versos de Rubén Darío y de Amado Nervo acusan su huella en Salvador Rueda, Martínez, Juan Ramón, Tomás Morales, Manuel Machado, etc. Muchos de estos nombres del novecientos influyen a su vez en peruanos, chilenos, colombianos... Influencia también la hubo de la generación del 98, pues su actitud crítica influyó mucho en América. A partir de esta generación, la presencia española se acentúa en el mundo hispanoamericano. La actividad intelectual de sus integrantes, de los hombres de la generación del 98 fue amplia y honda. Gracias a ello, la influencia de España en la América española volvió a ser una patente realidad.

La aparición del socialismo y del anarquismo españoles y el sesenio revolucionario llegan a América como ideas que transportan los emigrantes. Hoy sabemos que hubo una evidente conexión entre la revolución de Emiliano Zapata y los anarquistas barceloneses así como la hubo también entre éstos y el movimiento libertario argentino, apuntó el conferenciante.

En nuestro siglo, nos encontramos también con los

movimientos fascistas que surgen en Europa e Iberoamérica tras la crisis del 29. Hay una serie de dictaduras de tinte fascista que se inspiran en los regímenes correspondientes europeos. Recordemos también el

entusiasmo que produjo en América la proclamación de la Segunda República española o la guerra civil. Aunque el aislamiento de España a partir

de entonces fue grande, la presencia de los exiliados con sus magisterios y creando organismos culturales hizo que la huella o presencia de España permaneciese en esos años 30 y posteriores. De hecho, la palabra "falange" aunque nace en nuestro país la usarán partidos americanos a imagen y semejanza de la ideología española. Luego, ya en nuestros días con el advenimiento de la monarquía y de la democracia sin traumas han sido tenidos como modelos.

Hoy en día las relaciones entre España y la América española son fluidas, como lo prueban los numerosos viajes de autoridades de uno y otro continente respectivamente, el trasvase cultural entre ambos, etc.

La comunidad hispánica es, por tanto, una realidad. Viajes por Europa, África y América confirman su existencia. Lo ratifica el idioma que ellos hablan, lo recuerdan ciertas heridas que van desde las Malvinas hasta Gibraltar.

Para Morales Padrón, cuando un español y un hispanoamericano se encuentran fuera de su ámbito natural sienten que pertenecen a una misma familia en la que resulta fundamental lo que les une y no lo que les separa. La comunidad hispánica no solo existe sino que interesa que se fortalezca. Para lo que España desempeña un interesante papel. Cuando decimos España estamos refiriéndonos también a Portugal. Lo que Julián Marías

decía para Castilla en relación con las otras comunidades, puede aplicarse a España refiriéndonos ahora a la comunidad hispánica. España tiene una función propia. España ha de preocuparse por las demás partes de la comunidad. España tiene que sentirse vinculada a todos los componentes de la comunidad. España no puede ser particularista, nacionalista, españolista, porque dejaría de ser española. Su manera fecunda y efectiva de ser española es no sentirse sólo española ni imaginar una España única. El modo de inserción es España. Hispanoamérica sólo puede entender y vincularse a la realidad europea a través de España.

La comunidad hispánica, ha quedado dicho, es una y varias. Variedad en la que insistimos no para restar sino para sumar, es decir, para subrayar su riqueza. Es la hispana una abigarrada comunidad, rasgo más visible del mundo hispánico. Sobre un notable fondo común se incrusta una notable riqueza cultural conveniente de resaltar y de potenciar. Ello no ha de hacerse, en opinión de nuestro soberano, sólo desde España sino desde las Españas, entre todos. Así es, en 1992, D. Juan Carlos escribía que con motivo del quinto centenario conmemorábamos el comienzo de nuestra historia común con Iberoamérica y sobre todo vivíamos su presente y preparábamos su futuro. Literalmente precisó: "Nuestros

sueños y afanes de siempre tan hondamente sentidos por todos se han , hecho recientemente realidad en la comunidad iberoamericana y sus conferencias a través de las cuales queremos hacer presente en el mundo de fines del s. XX la importancia de nuestra lengua y nuestra cultura, nuestras posibilidades y recursos y el ánimo con que afrontamos y queremos resolver los problemas y proyectos que más urgentemente nos acucian en el marco del sistema democrático".

Sobre la unidad política fracasada y hoy remoto ideal de las Américas, sobre el dudoso y difícil integracionismo económico perdura la comunidad cultural, que no es un ideal ni es tampoco un proyecto sino una realidad, un hecho que está ahí y que vivimos a diario. El fortalecimiento del mundo hispánico exige muchas cosas. El conferenciante terminó su intervención refiriéndose a estas dos: En primer lugar, un mayor conocimiento mutuo, y en segundo lugar, un estrechamiento de los lazos espirituales.

C.H.LL.